

ESPAÑA Y AMÉRICA

PERIÓDICO ILUSTRADO

BELLAS ARTES — CIENCIAS — LITERATURA — SPORT — MODAS

Año I

DIRECCIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.
Teléfono 514.

Madrid, 13 de Noviembre de 1892

ADMINISTRACIÓN:
Plaza del Biombo, núm. 2.
Apartado 210.

Núm. 46

Este periódico se publica todas las semanas, y se regala á los suscriptores de obras, en grupos de á cuatro, de la Casa editorial de la Viuda de Rodríguez. Por números sueltos se vende en todas las librerías y Administración del mismo al precio de 50 céntimos de peseta.

SUMARIO

TEXTO: Crónica, por J. G. M.—La risa, por Rubén Darío.—Sonetos de Monti, traducidos por Luis Marco.—¿Para qué sirve la Academia?, por M. Ferrer y Lalana.—Protesto, por Francisco Capella.—El niño, por Guy de Maupassant.—Exposición internacional de Bellas Artes, por José de Siles.—Madrigal, por Federico de Sancho.—El «Quijote» en Inglaterra, sus traductores y comentaristas, por Pascual de Gayangos.—Inter nos, por Eduardo Villegas.—Higiene, por J. Moleschott.—Coplas, por José Borrás y Bayonés.—Nuestras ilustraciones.—Advertencias.—Anuncios.

FOTOTIPIAS: Los últimos momentos de Fray Lope Félix de Vega Carpio.—Alegoría de la isla de Puerto Rico.—Orillas del Rhin.—Túnica y espadas de Boabdil, último rey de Granada.

CRÓNICA

EL pasado domingo se efectuó la anunciada Cabalgata del Comercio de Madrid.

Desde el punto de vista del arte ha dejado mucho que desear; pero como manifestación, fué grandiosa é imponente.

Parecía más bien la manifestación de los gremios una estadística animada y viva de lo que en Madrid se produce y se consume; el gremio de vinos ocupaba él solo las dos terceras partes de aquella inacabable columna de hombres.

Si son muchos los que expenden mosto cristianizado, horroriza pensar á qué cifra subirán los parroquianos.

Es verdad que en Madrid las tabernas abundan, y hay calles, como la de Toledo, que, un portal sí y otro no, es una tienda de vinos.

Buen dato para los sociólogos: dado el número de habitantes de la capital de España y de las tabernas que hay establecidas, deducir el grado de moralidad.

¡Y aun nos asombramos de que haya motines cada lunes y cada martes!

* *

La entrada de los Reyes de Portugal ha sido un grato acontecimiento para el pueblo de la Corte, que acudió á recibir y saludar á tan ilustres huéspedes.

La Reina Amelia lucía un hermoso y elegante vestido con los colores de la bandera española.

Este rasgo la ha conquistado las simpatías de todos; hasta la prensa radical y republicana ha elogiado esta exquisita delicadeza de la augusta dama.

Las fiestas del Centenario tocan á su fin; la gente política empieza á bullir de nuevo, y las oposiciones se preparan á dar la batalla al Gobierno.

Dentro de pocos días Isabel la Católica y Cristóbal Colón habrán vuelto á caer en el olvido, y nadie hablará ya más que de Cánovas y de Sagasta.

¡Ah, la política!
¡Qué peste!

* *

En el último fascículo de la *Revista Zoológica*, que se publica en Italia, se da cuenta de un curioso fenómeno digno de la observación de los sabios.

Se trata de una lluvia de telas de araña que ha sorprendido á los habitantes de la isla de Java.

El hecho tiene algunos precedentes.

Hace dos ó tres años se vió caer en las costas de Sumatra una verdadera lluvia de telas de araña, de deslumbrante blancura y de extraordinaria consistencia.

Estos extraños filamentos medían cerca de seis metros de longitud, y formaban en el aire como una nube vaporosa y ondulante, con brillantes reflejos de ondulante seda.

Otra lluvia de la misma especie cayó en 1881 sobre la ciudad de Milwaukee (Estados Unidos); pero allí el fenómeno adquirió tal intensidad, que se oscureció en algunos momentos la luz del sol.

Los filamentos medían tres ó cuatro metros de longitud, eran blancos como la nieve y ofrecían mucha resistencia.

En Green Bay, los que cayeron llegaban á tener 20 metros de longitud y algunos medían hasta 80.

Darwin estudió el singular fenómeno, estando á bordo del *Beagle* en la desembocadura del Río de la Plata, á unas 20 leguas de la costa.

Recogió algunos de estos singulares filamentos, observando que, colgado de cada uno, iba un liliputiense aeronauta, una araña viajera que, agarrada al extremo de su raro globo, se abandonaba á los vientos, llegando á alturas desconocidas para las águilas.

Pero estas observaciones no quedaron incompletas. Varias arañas á las cuales se privó de su aerostato, se pusieron inmediatamente á fabricar uno nuevo con tal ardor, que en pocas horas estuvieron en disposición de largar amarillas, emprendiendo de nuevo su celeste peregrinación.

La especie arácnida llamada *Thomiscus viaticus* es una de las que más emigraciones aéreas realizan.

A cosa de las diez de la mañana, cuando el calor del sol ha evaporado el rocío de la mañana, los *tomici* suben al extremo de una espiga ó de un tallo cualquiera, y poniéndose con el abdomen hacia arriba, lanzan al aire un haz de hilos sutiles que hacen el oficio de aerostato, sirviéndoles el viento de medio de locomoción.

En las mañanas de otoño, cuando una ligera brisa sopla sobre la tierra, una colonia de arañas viajeras se lanzan al espacio, recorriendo de este modo grandes distancias.

Pero cuando el huracán rugie y se desenrolla, entonces la araña temerosa coge su globo, que le sirve entonces de paracaídas, y va á ocultarse en el hueco de una mata protectora, hasta que de nuevo vuelva á imperar la calma en la naturaleza.

Hay también una clase de araña, la araña *buzo*, que nada admirablemente y que vive en el fondo de los estanques y de las lagunas. Se llama *argyronauta* y construye las más raras habitaciones que puede cualquiera figurarse.

J. G. M.

LA RISA

HE cerrado el libro de Coquelín. Quedan aún en mi memoria la visión de la última mueca y el eco de la última carcajada. Siento un verdadero alivio. Acababa de leer *La Sonata de Kreutzer* y un maldito libro de versos de Rollinat. Me reconforto. Miro el alegre cielo por una ventana de mi cuarto de trabajo que da á un patio lleno de flores. Después de tener largo tiempo ocupado el pensamiento en las negruras de la vida, hé aquí que experimento especial complacencia en ver cómo sobre un rosal en flor canta un pájar., haciendo chiiiiiu... chiiiiiu... Es un pobre pajarito del cielo, que no sabe metafísica, ni lee poetas neuróticos, ni conoce á Tolstoi.

Mi ánimo ha cambiado.

¿Por qué? Por la influencia de la risa.

¡Oh! y es la verdad. Delante de lo oscuro de la existencia; delante de las conclusiones fatales y tristemente profundas del pesimismo; delante de la fábrica negra y vasta levantada por Schopenhauer y Hartmann; delante de la enlutada estatua del dolor fundido al calor de su misteriosa poesía por Leopardi, surge á modo de un refugio para el espíritu, como un consuelo, ó más bien como una defensa, el claro resplandor de la alegría.

La alegría destierra el estado morboso de las almas; la alegría, riante, expresiva, de sonoras alas, se mueve en un ambiente sano y vivificador. Su trueno jovial, su carcajada, es como las descargas eléctricas que purifican la atmósfera. Y en este siglo de crisis intelectuales, de agitación moral, de decaimientos, de enfermedades del alma, la risa ha podido ser torre de asilo, lugar de salvamento para los que se allegan á sus dominios y se acogen bajo sus banderas. El ser humano tiene un fondo de tristeza. Sobre la oscuridad cruza un vivo relámpago: la risa. Lo amargo de la vida siempre ha hecho conmovirse el alma de los fuertes pensadores. Los más grandes poetas han sido los poetas del llanto; el vientre del dolor es eternamente fecundo. Homero no ríe; Job no ríe; Esquilo no ríe; Lucrecio, Dante, Víctor Hugo, no ríen. Cervantes ríe; pero bajo la armadura grotesca, dentro del amojamado cuerpo del caballero de la Mancha, va un espíritu trágico y doliente derramando lágrimas.

Molière creó en *Alceste*, con la envoltura de lo cómico, una dolorosa encarnación de la amargura humana. Rabelais, el formidable bufón, no conoce el amor ni la ternura, aunque todo lo llena con la soberbia explosión de su risotada. Rabelais no sabe sonreír, como Voltaire, el gran risueño. La risa tremenda de Aristófanes estallaba como una temible fanfarria, á través de las máscaras de los histriones en las fiestas dionisiacas. Los dioses de los paganos reían. Bajo el cielo griego resonaban las carcajadas homéricas. Momo era un dios payaso. En la *Iliada*, al paso de Tersistes, se oye el eco de las burlas. Rabelais descende en línea recta de Aristófanes. El poeta pagano, por ley atávica, reaparece en el buen monje gascón. Voltaire posee todos los matices de la risa, todos sus tonos, todas sus armas. Rabelais es siempre el titánico farsante. Voltaire emplea la flecha y la catapulta. Rabelais apedrea como Polifemo.

* *

Generalmente, los hombres risueños son sanos de corazón. La risa es la sal de la vida. La risa de un niño es como una loca música de la infancia. La alegría inocente se desborda en una catarata cristalina que brota á plena garganta. Triste hogar esaquel donde no resuena la amable risa infantil.

Los pensadores meditabundos no ríen, porque viven en constante comunicación con lo infinito, en una vasta serenidad. Los bandidos, los hombres avezados al crimen, tampoco ríen: en su vida zozobante y lívida, llenos de hiel y de sombra, siempre van acompañados de un negro genio que mantiene en sus espíritus el espanto y el odio. El orgullo, la vanidad, sonríen; la lujuria, la gula, el robo pueden sonreír; la envidia no puede. Pálida y enferma, traga su propia bilis; y está, con el ceño arrugado, siniestro, como la pintó el poeta latino, aplastada bajo la montaña del bien ajeno. Y si logra reír el envidioso, es con risa histérica y espantable.

En la historia literaria existe una figura extraña, representación del egoísmo y de la dañada burla: Swift. No le atormenta el sombrío *Livor*, el *spleen* británico, la enfermedad nacional. Es un espíritu emponzoñado lleno de cruda misantropía, especie de hombre escorpión, siempre listo para asestar el garfio que inculca el veneno. Su arma fué la risa; pero ella es en él salvaje bufonería, cruel dardo de un ser dañino. Su talento era corrosivo como un frasco de ácidos. Fué el exacto tipo del «panfletista». El creador de Gulliver hizo del sonoro y buen metal de la risa un puñal que puso en manos de su ambición y de su rabia. Aristófanes enseña y reprende; Agripa Daubigné, como Juvenal, convierte la ironía en un látigo de acero, y destroza las carnes del

vicio real y cortesano; Rabelais hace la gigantesca parodia de sus tiempos, como un Micro-megas que se divierte jugando a los titeres; Cervantes alza la figura de Don Quijote en la tumba de la caballería y bajo una ideal y magnífica apoteosis; Voltaire, con su estridente risa, hace que

Hoy la humana razón sirva de guía
A la prole de Adán regenerada.

Swift, en medio de su hipocondría y de su ruindad, solamente obedece a sus pasiones, y arroja su chiste al rostro de la sociedad como un vaso de vitriolo. ¡Malhaya aquel que en el buen campo que Dios le dió cultiva plantas venenosas y llenas de espinas! Swift, funesto sembrador, sembró en su huerto manzanilleros, cactus y ortigas. Refa con gracia mala. El gracioso era mal hombre. El caso de Swift se repite con alguna frecuencia en escritores jocosos, que si no le igualan en talento, le superan en maldad. Emplean su habilidad más ó menos crecida en desgarrar. Hacen de la sátira el arma de su rabia. Como el yambo de Arquiloco.

Archilochum proprio rabies armabit iambo.

Ningún poeta de la antigüedad fué más odiado que Arquiloco. Todo lo contrario afirma de Simónides, Joubert. Fué estimado, fué amado. ¡Triste don es el talento, si nos sirve para traernos el general desprecio ó el odio! Alfredo de Musset, en su verso de oro, nos dice que ser admirado no es nada; el asunto es ser amado:

Être admiré n'est rien; l'affaire est d'être aimé.

Es el inconveniente de muchos escritores graciosos. Los admiran, pero les aborrecen, porque les place desgarrar. Hacen reír por medio del contraste de las ideas, ó por el empleo de ciertos juegos de palabras, buscando en todo el lado ridículo de las cosas.

Los escritores graciosos tienen lo que en español se llama *chiste*, en francés *esprit*, en alemán *witz* y en inglés *humour*. El «buen humor» es lo que distingue a los escritores de la gracia. Pero el mayor enemigo de la gracia es la grosería. Alberto Wolf, que es autoridad, define así el *esprit* parisiense: «el arte de decir todo con buen humor y sin la menor grosería.» Nada vence como la gracia sana. El genio francés alienta bajo el claror de la alegría. La vieja risa gala fortifica a los bravos trabajadores. Zola, el fuerte cazador, ha dado sus alabanzas a ese antiguo tesoro de la Francia, pero ha tronado contra los que lo falsean ó lo profanan. «¡Oh genio francés, dice, *esprit* francés; tan neto y tan recto, formado de buen sentido y de viva personalidad, tú bien sabes que el falso *esprit* me exaspera y me pone fuera de mí! Tú sólo eres el *esprit*, ¡oh viejo *esprit* nacional, tú que sacas la risa de la razón, que eres simplemente la flor de la inteligencia y de la verdad!» Sí, la falsa gracia abunda en París, aquí, allá, por todas partes. Producenla los sucesos comentados por el gacetillero, la política, la necesidad que en el diario tiene a veces el revistero de hablar en necio por la razón de Lope. De manera que así la verdadera, la fina, la brillante gracia, se convierte en la mueca bufada de baja extracción, en el chiste patanesco, en la risa insensata y pueril que propaga y celebra por un día la inconcebible estupidez humana.

La risa, como las flores, como las mujeres, está bajo la influencia del sol, del clima. Ved cómo ríen los franceses, y entre ellos esos ardorosos meridionales, los que nacen en Provenza, allá donde Valmajour oyó cantar al ruiseñor; bajo el sol provenzal ríe el tamboril, ríe el pífano, ríe el vaso de buen vino, ríen las alegres muchachas y los mozos que bailan la farándola. Esa jovialidad está impregnada de luz y de calor, como los versos de Mistral, de Roumanille y de Aubanel. La risa de París, culta y chispeante, mueve el lápiz de Caran d'Ache, la pluma de Armand Silvestre y de Scholl, y producen hoy las canciones de Paulús y de Yves Guilbert, como ante las explosiones de alegría musical que dirigía la batuta de Offenbach. ¿Qué es un can-can sino una carcajada? Los holandeses y flamencos tienen fama de ser flemáticos y reposados. Pero el arte flamenco, representado por Rubens, es agitado, derrocha el movimiento, las carnaciones de la lujuria, los músculos; y el «buen humor» tiene un bizarro paladin en Jordaens, con sus interiores ruseños y sus personajes gordiflones, sanos, que respiran en una atmósfera de excelente hilaridad. Y luego Teniers, con luz regocijada, pinta de modo encantador las bulliciosas *kermesses* y las expansiones aldeanas. Los alemanes ríen con cierta gravedad, sin que esto sea paradoja.

Poseen, como los artistas de Japón, «ese sentimiento caricaturesco, ese lado cómico de la vida, expresado con sencillez semejante a la ingenua gravedad con que algunas personas dicen ó escriben divertidísimos chistes...» Mas, ¡cuánta diferencia entre el *Fliegende Blatter* y el *Charivari*; entre el gesto de Mein Herr y el de M. Prudhomme; entre la risa de Gretchen y la carcajada de cristal de la señorita Colombina, ciu-

dadana de París! En Inglaterra la risa se acerca a los límites de lo trágico. El *clown*, el mimo, es la encarnación de esa alegría que lleva la mueca hasta lo visionario y el ademán hasta el dislocamiento. En esto hay algo del *gheronsé* de los turcos y de las marionetas macabras de los japoneses. Hay en el fondo mucho de fatal y de triste. A propósito, recuerdo que Macaulay compara a Voltaire, genio francés, con Puck, y a Swift, de genio inglés, con Mefistófeles. Por lo que respecta a los anglosajones, tienen el chiste grueso y rudo. Mark Twain recorta los suyos como un cartón, y a cada paso se ve la huella de su peso y férreo tacón de *yankee*. Bill Nay no puede satisfacer sino a un norteamericano de pura raza, de aquellos que gozan inefablemente con los Christie-Minstrels; la risa del país del Norte no es como su hermana la del Mediodía, rosada, vibrante, sonora entre las rosas, bajo los nidos de los pájaros, en un ambiente poblado de armonía y de sol.

La alegría de Italia tiene un «triumfo»: el carnaval. El hijo predilecto de la farsa es Pulchinel. Pantalón, el doctor y demás buena compañía, vienen después.

La risa de España tiene un campeón en el chulo y una flor en la manola. No hablo de esa gran alegría literaria que tiene su epopeya victoriosa en las novelas picarescas; de la alegría triunfal de Cervantes; de la alegría endiablada de Gil Blas de Santillana y de Guzmán de Alfarache. Me refiero a la indígena, a la autóctona, a la legítima y nacional alegría española. Esa es la que dirige y anima las danzas del pueblo. Su bandera irisa da en el pañolón de Manila y en la caña cristalina, bebe el zumo de Jerez y de Sanlúcar. Para la fiesta griega eran los crótalos sonoros; para sus zambras son las vivas, locas y animadoras castañuelas, de cintajos y lentejuelas. La lentejuela es una estrella en ese firmamento donde son constelaciones la chaquetilla del torero y la enagua de la flamenca danzarina. Los moros le dieron la pandereta, que es el tambor de regocijo. España ha compendiado en una palabra, que es un símbolo, toda su antigua y salvadora gracia: «sal».

¡Bendigamos la risa!

Bendigamos la risa, porque ella libra al mundo de la noche. Bendigámosla, porque ella es la luz de la aurora, el carmín del sol, el trino del pájaro. Bendigamos la risa, porque es la predilecta del rey Bébé, muñequito sonrosado y adorable que lleva paz y dicha a nuestras casas.

Bendigámosla, porque ella está en el ala de la mariposa, en el cáliz del clavel lleno de rocío, en el aderezo de rubíes que se contiene en el estuche de la granada. Bendigámosla, porque ella es la salvación, la lanza y el escudo.

Luego, cuando estamos en el recogimiento de nuestros ensueños, en la vaguedad de nuestras esperanzas, en la fatamorgana de nuestras ilusiones, viene una musa triste, triste... Nos visitan en nuestras ansias solitarias amados y misteriosos seres, llenos de enigmas de dolor ó de fatalidad. Hécuba, sollozante y maternal, está allá lejos; Orestes va gimiendo, y tras él las Euménidas implacables; Edipo pasa ciego; Medea abomina y conjura; Hamlet, eslinge, se ve ante Ofelia, esta pálida y fúnebre rosa. Y después todos los hijos de la neurosis, todas las negras mariposas del delirio. Junto al realismo, cegador de flores; la poesía envenenada, la enferma, la de las ruinas, las larvas y los despojos.

¿Quién nos salva de este anonadador y oscuro diluvio, de esta sombra, de esta invasión espectral, de este horror, de este espanto?... ¡Tú, Scapín; tú, Oronte; tú, Figaro; tú, Clarín, junto a Segismundo; tú, pobre bufón, que acompañas al viejo Lear cuando la tempestad, con sus furiosos dedos de hielo, desgrena la regia barba blanca!

RUBÉN DARÍO.

SONETOS DE MONTI

I

A LA MUERTE

¿Qué eres, oh muerte? Quien al mal avanza,
Teme y te juzga pena aborrecida,
Y es en tu diestra la segur torcida
Contra el tirano celestial venganza.

Quien infeliz ve muerta su esperanza
Y que le abruma el peso de la vida,
Pide le infieras la letal herida,
Siente placer cuando su fin alcanza.

En el bregar de la batalla ruda,
Te reta el fuerte que al peligro doma,
Te aguarda el sabio y su color no muda.

¿Qué eres, oh muerte? Oscuridad que asoma,
Un mal ó un bien, cuyo variar sin duda
Del alma humana los matices toma.

II

A SAN LUIS GONZAGA

—¿A qué tentarme, vil grandeza humana?
¿A qué el cetro me enseñas y hasta el trono
Me invitas a ascender, mirando ufana
La augusta sangre de mi estirpe abono?

Del triste Prócer, vanidad insana,
Eres vago rumor que alzas el tono,
Fuente de odio y traición que ata y afana:
¡Grandeza mundanal, yo te abandono!—

Dijo Gonzaga así. Con vesté oscura
Fué en brazos de Jesús: venció en la guerra
Que el mundo mueve contra el alma pura.

¡Oh fuerte, oh sabio, que en divino celo
Ardiendo el corazón, bajo en la tierra
Prefirió para ser Prócer del cielo!

Traducción de LUIS MARCO.

¿PARA QUÉ SIRVE LA ACADEMIA?

ENTRE los festejos del cuarto centenario del descubrimiento de América se ha abierto el Congreso literario hispano-americano, al que concurren, estrechando lazos y afecciones, eximias personalidades del viejo y del nuevo mundo.

Se han pronunciado inspirados discursos, y entre ellos ha llamado la atención el del Sr. Zahonero. Este señor, a quien hace mucho tiempo profeso verdadera simpatía, ha caldeado la atmósfera del Congreso, en el que españoles y americanos han contestado con frenéticos aplausos a las tajantes ideas del ardiente orador. Congresistas del mediodía de Europa, y de los Trópicos y del Ecuador. La misma lengua, la misma sangre. La diosa Fraternidad con túnica latina y rama de olivo, inspirando a la Asamblea. ¿Qué más? Zahonero estaba en sus glorias, con su hermosa alma de niño y su rostro de Catón. Y si yo hubiera estado allí, habría sentido la misma impresión general, yo, que con poco salgo de mis casillas, pues casi eso me ha ocurrido leyendo en la prensa las reseñas de las sesiones.

Pero una vez pasado mi entusiasmo, la cabeza se da por ofendida de que todo lo mangonea el corazón, y mal ó bien me dice algunas cosas que tal vez el mismo Zahonero y los demás piensen en el sereno reposo, en la ausencia de los lucientes arrebatos.

Truena el orador contra la Academia Española, que en su concepto para nada sirve. Que el idioma se encuentra en ella como si dijéramos en manos muertas, encerrado en un cofre, como dice Zahonero. Que los artistas son los que producen. No lo niego. Pero si cada cual amolda el lenguaje a sus necesidades de creación, como éstas en muchos son vicios, ¡pobre idioma, de quién sería esclavo! Cada autor levantaría su bandera de combate, y la opinión, en oscilación continua, haría lo que hoy, levantar y derribar ídolos que caerían abrazados a los deshechos pendones de la destrozada lengua. Aquí viene bien el *cofre*, que bien puede ser el Arca de la Alianza, que guarda las sagradas leyes de la expresión humana.

En la Academia están Balart, Castelar, Echeagaray, Galdós, Menéndez y Pelayo, Núñez de Arce, Pereda, Valera, Zorrilla, a todos los cuales, de fijo, admira el simpático antiacadémico. ¿Qué mejores custodios? Seguro que han sido sancionados por sufragio universal.

Esto del sufragio lo decía el Sr. Zahonero delante de un ex Ministro, del eminente orador del partido liberal Sr. Canalejas, el cual, en un momento de entusiasmo, estuvo a punto de inclinar la gran balanza ecléctica y caer dentro de las avanzadas donde se encuentra Zahonero, quien quiso echarle los brazos; pero el Sr. Canalejas se le escurrió, volviendo al equilibrio.

Bien hubiera podido el citado ex Ministro hablar algo del sufragio universal ampliando y explicando la frase del ilustre autor del *Idilio*, que, refiriéndose a la elección de académicos, por aquel procedimiento, dijo que «serían peores». Pudiera haber hablado de los *muñidores* y *caciques*, lepra de todo cuerpo electoral. No nos banaríamos en agua de rosas como el P. Cámara con la elección de Rector en el Colegio de San Bartolomé. El reverendo Obispo, ¡lo que son las cosas!, ha estado de acuerdo con Zahonero. El sabio prelado parece como que fascina al fogoso león con la honda placidez de su mansedumbre. Parece que veo tocarse dos extremos, y hasta soldarse, porque la soldadura es al fuego.

Ha dicho también el Sr. Zahonero que los poetas del siglo de oro no eran académicos. Cierto. Pero pienso yo que las Academias de entonces eran las Universidades, y sobre todas la Salmantina y la Complutense, donde estaban los maes-



Enriq. Recio y Gil lo pinto.

FOTOG. DE J. LAURENT Y C.ª

LOS ÚLTIMOS MOMENTOS DE FRAY LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO

IV CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA



F. Sans lo pintó.

ALEGORIA DE LA ISLA DE PUERTO RICO

MADRID: TECHO DEL PALACIO DE LOS DUQUES DE SANTOÑA

Fotog. de J. Laurent y C. - Madrid.

tros del lenguaje, como estaban los maestros de todo. Entonces se enseñaba Gramática con fruición, pudiéndose luego con fruto estudiar Humanidades. En aquellos tiempos de guerras, de inquisición y de despotismo, había entusiasmo por todo, y pudo llamarse siglo de oro á aquel en que agonizaba una decadente dinastía, que, no obstante, se solazaba llevando caballerescamente ante el trono á los poetas y á los sabios que hacían revivir los apagados resplandores de la majestad real.

¿Qué no haríamos hoy, conquistadas tantas libertades y en espera de otras que no tardarán en venir, si no fuera por la helada indiferencia que nos enerva?

Sin embargo, en aquel brillante siglo de nuestra literatura hubiera estado muy en su lugar una Corporación con autoridad suficiente que oponer á la de Góngora, poniendo coto al culteranismo y al conceptismo que invadió á aquella luminosa pléyade de poetas. Allí hacía falta algo que hubiera servido de contrapeso á la avasalladora influencia del vulgo, de ese gran vulgo que se descarría como todo, al cual el insigne Lope daba gusto porque lo pagaba.

¿Quién dudará que aquella gran masa etérea diluida en infinitas obras necesitaba de una condensación para que hubiese sido todo luz, todo refrigerante calor, algo que hubiera hecho rectificar á Lope su torpe dicho y contenido á Calderón dentro de sus severos moldes?

La Academia es, ó debe ser, un organismo con vida propia y con labor fecunda. Cuando así no sea no deben proscribirse las academias, sino sus malas organizaciones. Debe existir siempre algo que guarde, no el idioma en un cofre, sino las leyes fundamentales, que no pueden ser variadas á capricho por los que producen sin llegar á la anarquía, y á una no legendaria, como la de la Biblia, sino á la verdadera concepción de la torre de Babel; porque para no llegar á este fin sería necesario que cada uno, de por sí, tuviéramos la ciencia del buen gusto y la filológica en grado supremo. Entonces estarían de más las leyes del lenguaje, del propio modo que resultarían innecesarias las civiles y penales si cada hombre cumpliera las de su conciencia, síntesis de todos los códigos divinos y humanos.

Pero mientras seamos como somos, y ya hay para un rato, debemos tener deseo de hablar bien por lo menos, y de atenernos á leyes generales sin que cada maestrillo tenga su librito.

Si los que nos dan una Gramática yerran, hágaselo saber quien pueda y vea el error con toda claridad. Pero es mi humilde parecer que se hace ineludible así como un organismo regulador que armonice tendencias encontradas, detenga apasionamientos perturbadores y calme deseos sin medida. Todo con un criterio libre y racional, porque la Academia no está en el Olimpo, está en el centro de la lucha y de las corrientes; porque la libertad está en la naturaleza humana, y sin la libertad no hay vida.

M. FERRER Y LALANA.

PROTESTO

No es que juzgue la existencia un horrible cautiverio; es el misterio, el misterio, el que agita mi conciencia.

¿Qué fuerza ó qué ley oculta mueve cuanto nos rodea? ¿Quién nos destruye y nos crea, nos anima y nos sepulta?

Dejar de vivir espero siendo la vida un tesoro; pero lo triste es que ignoro por qué vivo y por qué muero.

Ello es que, quiera ó no quiera, un capricho de la suerte sé que me condena á muerte y no sé lo que me espera.

Cuando al fin de la jornada este mundo haya dejado, ¿qué encontraré al otro lado, la eternidad, ó la nada?

Mi razón la encuentro muda cuando pienso en este asunto; y por más que lo pregunto, nadie resuelve mi duda.

Las ciencias presuntuosas tratan de abrirse camino; pero ignoran el destino y el origen de las cosas.

Que mire atrás ó adelante, sólo sé que en lo infinito el universo es un mito; la eternidad, un instante.

Tiránica ley es esta que yo juzgo despiadada; y aunque no consiga nada, hago constar mi protesta.

FRANCISCO CAPELLA.

EL NIÑO



MONSIEUR Lemonnier se había quedado viudo con un hijo. Amó locamente á su mujer, con un amor exaltado y tierno, sin un desfallecimiento, durante toda su vida en común. Era un buen hombre, sencillo, sincero, sin desconfianzas y sin malicia. Enamoróse de una vecina pobre, la pidió en matrimonio y se casó con ella. Tenía un comercio de paños en que ganaba bastante dinero, y todo era para la joven.

Ella, por su parte, le hacía feliz. El no pensaba más que en su mujercita, mirándola, sin cesar, con ojos de adorador. Durante las comidas comía mil torpezas por no separar su mirada de aquella cara tan querida; vertía el vino en el plato y el agua en el salero; después se reía como un chico, y repetía:

—Ya ves, te quiero demasiado, y eso me hace cometer mil tonterías.

Ella sonreía con aire tranquilo y resignado; después, volviendo los ojos, como molestada por la adoración de su marido, trataba de hacerle hablar de cualquier cosa; pero él la tomaba la mano y la retenía en la suya, murmurando:

—¡Juanita, mi querida Juanita!

Ella concluía por impacientarse y decir:

—Vamos, vamos, sé razonable; come y déjame comer.

Durante cinco años no tuvieron hijos; después, cuando menos lo esperaban, se encontró ella en cinta. Aquello fué una dicha delirante; él no la dejaba un momento, así como una criada que la había criado y que hablaba fuerte en la casa, poniéndole en la calle algunas veces y cerrando la puerta para obligarlo a tomar el aire.

M. Lemonnier tenía una íntima amistad con un joven que había conocido á su mujer desde su infancia, y que era segundo jefe del despacho del gobierno. M. Duretour comía tres veces á la semana en casa de M. Lemonnier, llevando flores á la señora, y algunas veces palcos para el teatro; y á menudo, á los postres, Lemonnier, enternecido, decía:

Una mujer como tú y un amigo como éste son la felicidad en la tierra.

Ella murió de parto, y él pensó morir también, pero la vista del niño le dió valor; un pequeño ser crispado que refunfuñaba.

Le amaba con un amor apasionado y doloroso, un amor de enfermo en que iba el recuerdo de la muerta. Aquel hijo era carne de su mujer, su ser continuado, como una quinta esencia de ella. Y el padre le abrazaba con furor.—Pero también él la había matado, la había robado su existencia adorada.—Y M. Lemonnier ponía á su hijo en la cuna y se sentaba cerca de él para contemplarle. Después, ya dormido el niño, se inclinaba sobre su carita y lloraba sobre sus encajes.

El niño creció. El padre no podía pasarse un momento sin él; estaba siempre á su lado, le paseaba, le vestía él mismo, le limpiaba, le hacía comer. Su amigo M. Duretour parecía también querer mucho al pequeño, y le abrazaba con gran cariño, con un frenesí, una ternura como tienen los padres. Le hacía bailar en sus rodillas le ponía á caballo sobre sus piernas, y á menudo le tendía sobre sus rodillas, le alzaba la enagueta y besaba sus muslos gruesos y sus redondas nalguetas. M. Lemonnier, encantado, decía:

—¡Es monísimo, es monísimo! Y M. Duretour apretaba al niño entre sus brazos y le hacía cosquillas con la punta del bigote.

Sólo Celeste, la vieja criada, no parecía mimar mucho al niño; se incomodaba con sus travesuras como si la exasperasen los mimos de los dos hombres, y decía:

—¿Se puede educar así á un niño? Van Uds. á sacar un lindo mono.

Pasaron dos años más, y Juan tenía ya nueve; apenas sabía leer, tanto le habían mimado, y no hacía nunca más que su gusto, siendo voluntarioso y colérico; el padre cedía siempre dándole todos los gustos. M. Duretour compraba y le llevaba sin cesar juguetes codiciados por el pequeño, y lo mismo uno que otro le atiforraban de pasteles y bombones.

Celeste se desesperaba y decía:

—Es una vergüenza, señor, una vergüenza. Ud. hace la desgracia de este niño, su desgracia, pero será preciso que esto concluya; sí, sí, concluirá, lo digo yo, lo prometo.

M. Lemonnier respondía sonriendo:

—¿Qué quieres, hija? Lo quiero demasiado y no

sé negarle nada; tendrás que hacer lo que te parezca.

Juan estaba débil, un poco enfermo. El médico dijo que tenía anemia y recetó hierro, carne y sopa sustanciosa; pero al niño no le gustaban más que los pasteles y rehusaba otro alimento; y el padre, desesperado, le llevaba pasteles de crema y de chocolate.

Una tarde se sentaron á la mesa; Celeste llevó la sopera con una seguridad y un aire de autoridad que no tenía de ordinario; la descubrió bruscamente, metió en ella el cucharón, y dijo:

—Este es un caldo muy bueno; preciso será que el niño lo coma.

M. Lemonnier, espantado, bajó la cabeza, porque comprendió que aquello acabaría mal.

Celeste cogió su plato, lo llenó y se lo puso delante.

Probó la sopa y dijo:—En efecto, está muy buena.

Entonces la criada cogió el plato del niño y le echó un cucharón de sopa. Después retrocedió esperando.

Juan la probó, y empujando el plato hizo un mohín de disgusto. Celeste se puso pálida, se acercó bruscamente, y cogiendo la cuchara llena de sopa, la mete en la boca del niño; éste se atragantó, tosió, estornudó, y dando gritos cogió el vaso y se lo tiró á la criada; ella lo recibió en el vientre, y entonces, exasperada, cogió la cabeza del chico y empezó á echarle cucharadas de sopa una tras otra; él las escupía, se retorció sofocado, la golpeaba y estaba encarnado como si fuera á ahogarse.

El padre se quedó tan sorprendido que no hizo un movimiento; pero de pronto se lanzó con rabia loca á la criada, y cogiéndola por el cuello, la tiró contra la pared, diciendo:

—¡Váyase Ud., bruta! ¡fuera! ¡fuera!... ¡á la calle! Pero ella, con los ojos que la salían de las órbitas y en el colmo de la rabia, dijo:

—¿Qué es esto? ¿me va Ud. á pegar porque yo quiera que coma este niño á quien va Ud. á matar con sus mimos?

El repetía temblando de pies á cabeza:

—¡Fuera!...váyase Ud... ¡bruta!... ¡bruta!...

Entonces, como una loca, se volvió temblando y le dijo con voz trémula:

—¡Ah!... ¿Ud. cree... Ud. cree que me va á tratar así á mí? ¿y por qué? ¿por qué?... ¡por un crío que no es suyo... no, no es de Ud.!... ¡No... es de Ud.!... ¡no es de Ud.!... ¡Todos lo saben! excepto Ud.... Pregunte Ud. al tendero, al carnicero, al panadero, á todos, á todos...

Baluceaba ahogada por la cólera; después se calló y le miró.

Su amo no chistaba: lívido, con los brazos caídos, al cabo de algunos segundos dijo con voz apagada, en la que se traslucía una emoción formidable:

—¿Dices?... ¿dices?... ¿Qué dices?...

La mujer se calló espantada por aquella cara: él insistió:

—¿Qué has dicho? ¿qué has dicho?

Entonces ella dijo con voz tranquila:

—¡He dicho lo que sé! Lo que todo el mundo sabe.

El se levantó con ánimo de estrangularla, pero ella huyó, y poniéndose como una furia, le dijo:

—Mírelo Ud., mírelo Ud., ¿pues no es el retrato de M. Duretour? Mírelo Ud. la nariz y los ojos; ¿los tiene Ud. así? ¿y los cabellos? Le digo á usted que todo el mundo lo sabe, ¡todos menos usted!

Se deslizó por la puerta y desapareció.

Juan, espantado, estaba inmóvil delante de su plato de sopa.

Al cabo de una hora, la criada volvió despacito para ver. El pequeño, después de haber devorado los pasteles, la fuente de crema y el plato de pera en dulce, se comía ahora un bote de dulce, con la cuchara de la sopa.

El padre había salido.

Celeste cogió al niño, le besó, le llevó á su cuarto y le metió en la cama. Después volvió al comedor y lo puso todo en orden.

Ningún ruido se oía en la casa; luego arregló la casa, hizo el café para su amo; pero no se atrevía á entrar en su cuarto por no saber cómo la recibiría; mas viendo que daban las ocho, las nueve, las diez, y no la llamaba, se atrevió á tocar á la puerta, pero nadie contestaba: entonces, armándose de valor, la empujó, pero dió un grito terrible y dejó caer al suelo el desayuno que llevaba en la mano.

M. Lemonnier se había ahorcado del techo de la habitación.

Celeste, horrorizada, escapó dando gritos. Todos los vecinos acudieron. El médico certificó que estaba muerto desde media noche.

Encima de la mesa se halló una carta dirigida á M. Duretour: ésta carta no tenía más que dos líneas:

«Te dejo, y te confío el niño.»

GUY DE MAUPASSANT.

||o||



EXPOSICIÓN INTERNACIONAL
DE BELLAS ARTES
I
LOS PINTORES ESPAÑOLES
CUADROS GRANDES

I bien no todos los que en las dos ó tres Exposiciones últimas dieron pruebas de valer, ni todos los que, ya insignes maestros, son honra de nuestra pintura contemporánea, han concurrido, sin embargo, á este certamen internacional, número bastante de artistas por

los que pueda deducirse las tendencias que el arte pictórico sigue en nuestra patria.

No creáis á los críticos inexpertos y superficiales que os digan que esta Exposición está llena de «mamarrachos». Al contrario. Pocas Exposiciones habrán habido en que el estudio y el talento se manifiesten más desparramados. No hay, en absoluto, cuadro detestable. Tampoco le hay estupendo. Y si por acaso se encuentran obras ante las que pasa el vulgo impasible é indiferente, no se tropieza en cambio con esos *desplantes* á que nos venían acostumbrando las escuelas pseudo naturalistas.

Quedamos, pues, en que los cuadros de esta Exposición, no por carecer de bellezas aparatosas, dejan de ser dignos de detenido análisis. No seguiremos el sistema del desprecio, medio fácil de salir pronto de apuros. No imitaremos á un crítico que se ha hecho famoso entre los artistas por sus críticas al *trote*.

Y ya que por falta de espacio no podamos reseñar la Exposición sentados frente á cada cuadro, señalemos á lo menos los rasgos característicos de los principales.

Entre los llamados cuadros grandes nos aguardan hermosas sorpresas.

Nos sale al paso *Las sardíneas*, de Ugarte, lienzo bellísimo, realista, excelentemente entonado, movido, con una gran sugestión del asunto, oliendo á pescado. El Sr. Ugarte se firma discípulo de Ferrant, pero no lo parece. Su toque vigoroso, su color exacto, nada tienen de preciosismo.

El Sr. Ugarte, que en 1887 expuso una marina muy original y de mucho claroscuro, *El desierto*, y en 1890 exhibió varios tipos populares, este año ha reunido la marina y las figuras, y ha presentado un cuadro bello. Su progreso es, pues, evidente.

Una huelga de obreros en Vizcaya, de Cutanda, es un cuadro moderno que impresiona. Es una página palpitante de vida, de realidad, de sombría grandeza. Una página homérica de Zola. ¡Qué rostros! ¡qué brazos! ¡qué actitudes! ¡qué huracán de ira popular! Entonación, color, figuras, todo está en formidable armonía con el asunto.

El pincel de Cutanda, que se había complacido hasta ahora en representar escenas históricas (*Matanza de judíos*, 1887; *Muerte de Sertorio*, 1890), se ha mojado esta vez en los colores de las realidades contemporáneas. Ha resultado un cuadro original y enérgico. Continúe el autor por este camino.

Otro cuadro que produce grandísimo efecto es *El derecho de asilo*, de Américo. Es el laureado autor del *Saqueo de Roma*, de aquel cuadro que por sus dramáticas escenas tuvo tanto público delante, admirándole, en la Exposición del 87.

El derecho de asilo no ofrece la confusión, la violencia del *Saqueo*. Pero no despierta menor interés.

Es un cuadro extraño, de figuras atléticas, lleno de una luz nevada. Hay más relieve, más ambiente, más sobriedad, más entonación en el cuadro de ahora que el de hace dos Exposiciones.

El Sr. Américo es un pincel que persigue lo grande, lo extraordinario. Algo así como el pincel de Luna Novicio. Pero es mejor dibujante.

Llegamos á Simonet, á su cuadro bíblico *Flevit super illam*. Es un cuadro extraordinaria-

mente subyugador, un cuadro que fascina. Es uno de los pocos cuadros que inspiran el sentimiento de la escena que representan. La atmósfera que le envuelve, los divinos personajes que allí figuran, la acción que se desarrolla, todo coadyuva á despertar en el espectador una impresión honda, sobrenatural, religiosa. Dejáis de mirarlo, os detenéis ante otros cuadros, pero volvéis la vista al de Simonet, á esa página de color en que Cristo vaticina la ruina de Jerusalén.

Simonet parece que en estos asuntos de Historia sagrada se halla en su elemento. En la Exposición del 87 presentó la *Decapitación de San Pablo*, lienzo dilatado, si no exento de defectos, no exento tampoco de bellezas. En *Flevit super illam* ha dado la nota justa. Sereno, sobrio, inspirado, ha traducido en la tela uno de los más grandiosos hechos del Evangelio.

Cisneros, fundador del Hospital-Santuario de la Caridad, de Illescas, titúlase, con título kilométrico en verdad, el cuadro de Alejandro Ferrant, un maestro. Este maestro, que desde 1878, en que alcanzó primera medalla, no concurría á las Exposiciones, ó, si concurría, como en 1890, era con cuadros que no revelaban sus largos alientos, ofrece ahora en la indicada obra una prueba de su mucha maestría, de su insuperable factura; pero también ofrece una demostración de su falta de empuje para acometer asuntos de importancia.

Os maravillarán todos los detalles en este cuadro de Cisneros. Los hombres, las ropas, el perro, los ladrillos. Sobre todo, los ladrillos. Jamás se ha llegado á una ilusión de la verdad merced al diestro empleo del color, al manejo del claroscuro y á la interpretación de las perspectivas. Sin embargo de esto, todo aquí resulta pequeño, sin fuerza, sin color de vida. Son defectos, por lo demás, de que adolecen todos los cuadros de este insigne maestro.

En esta misma Exposición cuelga otros cuadros: *Un mosquito de sacristía*, *Pura*, *La Coruña*, *Divino Pastor*, *San Joaquín*, *Santa Ana*, obras todas de pasmosa factura, aunque con las deficiencias indicadas.

Garnelo, el estudioso Garnelo presenta un cuadro de actualidades: *Primeros homenajes en el Nuevo Mundo á Colón*. Es lindísimo. Los trajes, de colores vivos; las siluetas de las figuras, gallardísimas; el aire, luminoso. Y todo ello tocado con la suavidad y dulzura que son ya características en este pintor.

De entre los pintores jóvenes, Garnelo es quien ha hecho más rápidamente, y con seguro paso, su carrera. Dióse á conocer en la Exposición del 87 con la *Muerte de Lucano*; dió fe de vida, en la del 90, con *El duelo interrumpido*; por estos dos cuadros ganó dos segundas medallas. Cada obra le ha granjeado un triunfo.

En el actual certamen exhibe además varios cuadros humorísticos, que revelan la rica variedad del talento del autor. *Cornelia* (éste, histórico), *Suicida por amor*, *Premio de aplicación*, *Pudo ser ministro*, *Un inglés*, *En San Marcos de Venecia*, y un *Retrato*, son las obritas referidas.

Y ya que hablamos de este artista, digamos algo de su hermana Eloisa, que también es una artista muy notable. Debutó con *La hija de Debutades*; se nos vino luego con dos floreros muy lindos; y este año nos trae unas *Vendimiadoras montillanas*, que son una excelente cosa.

Y como el Sr. Garnelo aún tiene otro hermano, que se dedica igualmente á la pintura, y otra hermana, que es una inspirada poetisa, puede decirse que en la familia Garnelo, no hay que olvidar tampoco á su padre, se halla vinculado el genio de las artes bellas.

Luna Novicio, nombre que recuerda actualmente una tragedia de sangre, ha enviado este año cuatro cuadros: *Héroes desconocidos*, *La vanguardia*, *Cabeza de estudio* y *El pueblo y los Reyes*. En todos estos cuadros hay los toques geniales que caracterizan á Luna, pero también los despropósitos técnicos que son como imprescindibles en su pincel.

El pueblo y los Reyes es, de los cuatro, la obra más importante. No está concluido. Cruzan la tela manchones de color extraño, puntos de apoyo para la retina del artista. Pero, así y todo, este cuadro impone, suspende, atrae con fuerza imperiosa. Ya el asunto, por sí solo, es un suceso que horripila. Representa una turba popular, armada de instrumentos demoletores, destruyendo, en virtud de un decreto de la Convención, las tumbas de los Reyes de Francia. Ayudan á los hombres las mujeres, mujeres desgreñadas, con los senos desnudos, semejantes á furias excitando á la bárbara profanación á la muchedumbre.

Luna se ha complacido siempre en pintar lo salvaje. Ahora se ha recreado en un hecho, que si no fuera histórico, parecería un absurdo forjado por calenturienta fantasía.

El artista, en esta obra, acentúa cada vez más su temperamento. Esta *violación de tumbas regias* es digna sucesora del *Spoliarium*. La obra, á pesar de sus enormes defectos, respira genialidad y grandeza.

Un cuadro realista, pero de un realismo artificioso, si cabe expresarse así, de un realismo fran-

cés, es el famoso lienzo del insigne pintor don Luis Jiménez Aranda, titulado *Una sala de hospital durante la visita del médico en jefe*.

Es ésta una obra que requiere extremado análisis. Es la obra de un maestro que sabe lo que hace, de un maestro *encallecido* en el trabajo.

Pues bien, este cuadro, á pesar de la boga de que viene precedido, no satisface en absoluto. Suda realismo por todos los poros. La escena que representa produce angustia. Comunica el sentimiento que pinta. De su dibujo no hay que hablar; es irreprochable. No obstante, deja un vacío en el espíritu del espectador más contentadizo. Y es que adolece de una gran frialdad, de una exageración de tonos, de una interpretación preconcebida del color.

Para que un cuadro realista sea perfecto, debe serlo en todo, y particularmente en el color. Las caras de los enfermos son sobrado amarillas ó pálidas; las sábanas tienen un tono yesoso que repele.

Es un cuadro bien estudiado, pero agrio, repulsivo.

El mismo artista presenta cuadros pequeños, retratos y costumbres. Claro es que todos ellos denotan la maestría del pincel que los dió á luz.

Una ala, *Partida perdida* y dos *Retratos*, es el tesoro pictórico que exhibe el eximio artista D. José Jiménez Aranda. Maestro consumado, que une, al más correcto dibujo clásico, la finura de las escuelas modernas, tales obras son dignas hermanas de las muchas que son admiración del público, debidas á tan ilustre pincel.

D. José Jiménez Aranda cultiva con predilección ese arte, refinadamente popular, que convierte un andrajo en encaje, un tipo de perulero en un héroe de égloga. Este artista es clásico y moderno. Clásico, por la corrección; moderno, por el espíritu, por el color.

¡¡Otra Margarita!! de Sorolla, y una maravilla de realismo, de sentimiento y de factura. No es «el cuadro de la Exposición», como le llama un revistero; pero le falta poco. Fáltale energía, con ser ya de por sí tan enérgico el pincel de Sorolla. De todos modos es un cuadro hermosísimo de la buena escuela, sin colorines, sobrio, dentro de las mejores tendencias contemporáneas.

El Sr. Sorolla es un artista concienzudo, que sabe cómo se pinta. Con decir que es discípulo de Pradilla está dicho todo.

Es autor de *El entierro de Cristo*, exhibido en la Exposición de 1887, que tan admirado fué, si bien no alcanzó el premio que merecía.

Sorolla, que es valenciano, ha pintado cuadros de costumbres de su país, que son verdaderamente lindísimos.

En esta Exposición presenta, además del mencionado, *Después del baño*, *Exvoto*, *El sereno*, *Las floreras*, *El pillo de playa*, *El día feliz* y varios *Retratos*.

La cuna vacía, de Menéndez Pidal, es quizás el único cuadro sobre el que recae unanimidad de aplauso.

Desde *Planideras egipcias*, que expuso en 1887, hasta el cuadro de ahora hay un paso gigantesco. Del cuadro clásico ya indicado pasó al cuadro legendario, á su famoso *Cristo de la Vega* (A buen juez, mejor testigo), por el que obtuvo en 1890 segunda medalla. De la leyenda se ha plantado en plena realidad, en una escena de la vida corriente.

Pero ¡qué factura! ¡qué color! ¡qué dibujo! ¡qué sentimiento del arte! ¡qué exactitud de observación!

La cuna vacía es un eslabón de oro que une la pintura española de la época de Velázquez con la de la época contemporánea.

Aún hay cuadros «grandes» bastante notables.

Con la *Danse macabre* se da á conocer un pintor de singulares prendas; el Sr. Martínez Lumbreras. La *Danse macabre* revela en su autor una fantasía potente; una retina que sorprende el color y los contornos; una mano que conoce pocos tropiezos.

Ya en el último certamen nacional de Bellas Artes expuso el Sr. Martínez Lumbreras dos cuadros: *Los hambrientos* y *Tres para tres*. Pero el cuadro que pone de manifiesto sus facultades es el actual.

La *Danse macabre* parece concebido por Edgardo Poe y ejecutado por Gustavo Doré.

Presentan también cuadros grandes: Cabrera, ¡¡Tierra!!; muy sentido; Alvarez Dumont (D. Eugenio), *Muerte de Churruga*, de mucha expresión; Galofre, *Pena de azotes*, que recuerda escenas de Quevedo; Nápoles, *El milagro de Santa Casilda*, muy luminoso, de un excelente claroscuro; Laporta, *Jesús en casa de Marta*, que tira algo á cromo; Martínez Abades, *El entierro del piloto*, una marina con proporciones de cuadro de costumbres, no siendo lo uno ni lo otro; Santa María, *El triunfo de la Santa Cruz en las Navas de Tolosa*, en el que el resultado no responde al empeño; Villegas Brieva, *La guerra*, cuadro simbólico, de gran efecto.

Carbonell Selva expone un cuadro muy sentido. Se titula ¡¡Regreso!! Vuelve licenciado un soldado, y va al cementerio á orar sobre la tumba de su madre muerta. Hay realidad y ternura. La figura del soldado está bien estudiada. El paisaje, de tintas melancólicas, íntimamente comprendido y magistralmente expresado.



ARNÉS DE JUSTA DE CARLOS I DE ESPAÑA
(De la Armería Real.)

FOTOG. DE J. LAURENT Y C.^ª

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS

Son igualmente del Sr. Carbonell: *Una calle, Recolección de judías, Cocina de Molins del Rey y Camino de la ermita*; paisajes catalanes, en la contemplación de los cuales el espectador se imagina trasladado á los lugares que representan.

JOSÉ DE SILES.

MADRIGAL

No más, beso, entre mis labios
pugnes por romper tu jaula,
y en estallido sonoro
volar del aire en las alas.
Estás condenado á muerte
antes de nacer. ¡No nazcas,
que han de matarte en mi boca
los desdenes de una ingrata!
¿A qué, si no has de posarte
sobre sus labios de grana,
quieres nacer á una vida
que con la muerte te aguarda?
Tú que, si existir pudieras,
tendrías la misión santa
de sellar nuestros amores
y unificar nuestras almas;
ya que al no ser te condenan
sus actos y sus palabras,
no pugnes por escaparte
de los reinos de la nada.

FEDERICO DE SANCHO.

«EL QUIJOTE» EN INGLATERRA
SUS TRADUCTORES Y COMENTADORES

De largos años á esta parte, Miguel de Cervantes Saavedra y sus escritos han estado y están aún de moda en Inglaterra. Pocos autores, antiguos ó modernos, gozaron allí de mayor popularidad; ninguno cuyas obras hayan sido tantas veces impresas, comentadas ó traducidas como las suyas, y con especialidad, su *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Apenas había este donoso libro salido de las prensas de Juan de la Cuesta, en 1605, cuando un abogado inglés, llamado Thomas Shelton, domiciliado en Londres, hubo de trasladarlo á su propio idioma «cediendo (como él mismo nos lo anunció) á los ruegos é instancias de un amigo, que deseaba conocer el contenido del libro nuevamente importado en Inglaterra». La traducción debió hacerse hacia los años de 1608, puesto que en la dedicatoria á lord Walton, puesta al frente de la primera parte de *El Quijote* inglés, su autor manifiesta haberla emprendido cinco ó seis años antes del 1612, época de la primera edición, y concluido en término de cuarenta días, lo cual, sea dicho de paso, nos parece algún tanto problemático, atendidas las circunstancias del libro traducido, y las muchas poesías con que, tanto los preliminares, como los fines y el texto mismo de los veinticuatro capítulos de la primera parte están adornados. Aún nos dice más Shelton en su ya citada dedicatoria á lord Walton; refiere que terminada ya la traducción de *El Quijote* y satisfechos los deseos del amigo á cuyos ruegos la emprendiera, hubo de relegar el manuscrito á un rincón de su biblioteca, donde permaneció por largo tiempo ignorado, sin que siquiera le pasase á él por la imaginación el volverlo á ver y corregir, hasta que pasados algunos años, á intercesión y ruego de otros amigos, decidió darle á la estampa, aunque con la condición expresa de que alguno de ellos se encargase de corregir los errores que aquélla pudiera tener: trabajo y tarea á la que él mismo no podía por aquel entonces dedicarse por las muchas ocupaciones de su empleo.

Con estas advertencias preliminares, ó sea salvaduras, si así pueden llamarse, salió á luz la que hasta ahora se suponía primera edición de *El Quijote* inglés, con su correspondiente portada grabada en cobre, representando así al Hidalgo en su Rocinante, como á su escudero en el rucio, armado aquél de todas armas, y llevando además enhiesto un lanzón de justar, en cuya extremidad superior figura una banderola ó gallardete con la insignia del León; mientras que el bueno de Sancho, caballero en su asno, le sigue de cerca, con espada al cinto y un látigo en la mano. Hay en la parte inferior un zócalo ó pedestal con la siguiente inscripción:

The
History of
(Don Quichote)
The first parte

y debajo *Printed for Edward Blounte*. El tomo, que es en 4.º menor, consta de 572 páginas, sin contar doce hojas preliminares y dos más al fin, no tiene más portada que la anteriormente descrita, ni tampoco lleva fecha, aunque, por las circunstancias arriba dichas y otras, es evidente que se imprimió en 1612. Ocho años después, en el de 1620, el mismo editor arriba nombrado, Eduardo Blount (1), hacía imprimir en Londres la segunda parte de *El Quijote*, traducida al inglés, aunque sin expresar cuya fuera la versión. En su dedicatoria á Jorge Villiers, Marqués, después Duque de Buckingham y gran Almirante de Inglaterra, limitase dicho editor á decir que «habiéndose llegado á Inglaterra un libro extranjero, cuyo original fué primitivamente dedicado á un grande de España y la traducción (francesa) á una gran señora de Francia, creíase obligado á poner la versión inglesa del mismo, bajo la égida y amparo de su ilustre persona.» Nada más nos declara el editor inglés acerca de esta segunda parte, cuya versión se atribuye generalmente á Shelton, aunque no falta quien diga no ser suya, por razón de su estilo, que es muy diferente. Como quiera que esto sea, la *Segunda parte de El Quijote*, traducida poco después de haberla Juan de la Cuesta impreso en Madrid en 1615, y á raíz casi de la versión francesa ejecutada por F. Rosset, é impresa en París en 1618, con dedicatoria á Mme. de Luynes (que no es otra que la noble señora aludida en la dedicatoria de Eduardo Blount ó Blounte), va casi siempre unida á la primera parte de Shelton, como si una y otra fueran obra de un mismo traductor, continuando así en ediciones posteriores, como la de 1652 y 1675, ambas en folio, 1706, 1725, 1731 y 1733, en 8.º

Hubo por largo tiempo reñida contienda entre literatos ingleses sobre si esta edición de que nos ocupamos era ó no la primera de *El Quijote* inglés, pretendiendo alguno que además de la portada grabada, ó frontis arriba descrito, el ejemplar conservado en la biblioteca del Museo británico y otras de Inglaterra, debía tener otra portada impresa dando cuenta más circunstanciada del año de su impresión, nombre del impresor y otros detalles que regularmente no solían nunca omitirse en aquellos tiempos. Y tenían razón los que tal pensaban, porque la partícula *for* (para) que en el frontis grabado precede al nombre de Eduardo Blounte, según allí está escrito, no puede traducirse de otra manera que «para», indicando que el libro fué impreso, no *por* sino *para* el mercader de libros ó librero Blount, arriba citado. No de otra manera se las habían con el público español Nicolás y Juan de Espinosa, vecinos de Valladolid; Latzer Millá y Bartomeu Aguilar, en Barcelona; Antonio de Uruña, en Medina del Campo; Francisco López, Sebastián Martínez y Juan de Salcedo, en Alcalá; Christóval de Medina y otros libreros-editores, á cuya costa se hacían las impresiones, puesto que al estampar sus propios nombres en las portadas ó colofones de los libros, omitían á menudo el de los impresores como cosa de escasa importancia para el comprador.

Así que, á no haberse descubierto pocos meses há otro ejemplar de *El Quijote* de Thomas Shelton, con portada impresa, declarándose en ella el nombre del impresor (2) y el año de la impresión (1612), esta es la hora en que no podría asegurarse de una manera terminante que la primera edición de *El Quijote*, traducido al inglés, sea de aquel año, ni tampoco que la que hasta ahora se ha reputado por primera, lo sea en efecto; porque, si bien el tomo nuevamente hallado carece de la portada grabada, es lo cierto que se diferencia en la caja y foliación, y es probablemente anterior.

A propósito hemos entrado en estos detalles, con respecto á la reputada primera edición de *El Quijote* de Thomas Shelton, por cuanto esto mismo nos servirá para desvanecer y refutar errores que, así en Inglaterra como en España, se han propalado sobre Cervantes y sus varias traducciones al inglés. Es uno de ellos el cargo que contra el traductor se ha formulado, injustamente, de haber hecho su versión, no ya sobre alguna de las seis ediciones coetáneas del año 1605 (de Madrid, Lisboa ó Valencia) ni sobre la mal llamada segunda de Madrid (1608), sino sobre la francesa de César Oudin (París, 1616) ó la italiana de Lorenzo Franciosini (Venecia, 1622). La acusación fué primeramente lanzada á la plaza por John Phillips, el sobrino de Milton, quien, sin duda, á fin de encarecer más la necesidad de nueva traducción, calificó de mala la de su predecesor y le acusó de haberse valido de la italiana. Nada más falso: porque, publicado su libro en 1612, según queda dicho, mal pudo Shelton tomar de otros, impresos cuatro ó diez años después. Que tampoco tuvo presente la de Madrid 1608 parece evidente, por cuanto dicha edición contiene importantes enmiendas del mismo Cervantes, que no logró ver el traductor inglés. Luego la

edición que Shelton tuvo presente para su traducción, debió ser la de Bruselas (Roger Velpius 1607, 8.º), en la que el *lapsus calami* de Cervantes, á propósito de la pérdida del rucio de Sancho Panza, y alguno que otro descuido, se encuentran ya salvados, aunque de distinta manera, por el clérigo ó soldado español, á quien el ya citado tipógrafo belga cometería, á no dudarlo, la corrección de las pruebas; además de que en las notas marginales ó apostillas de la traducción inglesa se citan, á propósito de ciertos vocablos de dudosa interpretación, las páginas 47, 76 y 200 de la edición de Bruselas, en que, y solamente allí, ocurren las voces y sentencias á que Shelton se refiere: prueba evidente, y á nuestro modo de ver irrecusable, de que la edición de Bruselas es la que Shelton usó.

Aunque ejecutada á la ligera, y dentro de brevísimo espacio de tiempo (en cuarenta días, según se apunta en la dedicatoria), la versión inglesa de Shelton, si bien no enteramente exenta de errores, ha sido siempre reputada en Inglaterra como bastante fiel y exacta, teniendo además la ventaja, sobre otras más modernas, de estar hecha en lenguaje y estilo de la época misma en que floreciendo Shakespeare y Cervantes (fallecidos, aquél en 1616, y éste en el siguiente año): ventaja muy apreciable, si se tiene en cuenta que desde entonces acá muchas voces castellanas ó inglesas han cambiado de significación, lo cual ha de hacer cada día más difícil la traducción de obras en lengua vulgar por medio de vocablos y modismos á la moderna. La de Shelton, sin embargo, continuó muy en boga durante el siglo XVII, menudeando las ediciones según queda dicho, hasta tanto que el ya nombrado John Phillips publicó su versión de la primera y segunda parte, que intituló *nueva*, como si él mismo no se hubiera aprovechado ampliamente de la de su predecesor, corrigiéndola tan sólo en algunos lugares, aunque no siempre con acierto. El fué el que, según queda atrás dicho, acusó á Shelton de haber hecho su versión sobre la italiana de Franciosini, cuando él mismo, siguiendo los pasos de Felleau de Saint-Martin, cuyo *Don Quixotte de la Mancha* se publicó en París en 1677 8 (4 tomos, 12.º), los de sir Robert L'Estrange, el traductor de Quevedo (1667), y los de Gayton, quien un siglo antes, en 1652, había publicado sus *Festiveous notes on Don Quixot* (1), ó notas festivas acerca de *El Quijote* (London, 164, fol.), é inficionado del gusto reinante después de la Restauración de Carlos II al trono de Inglaterra, alteró de tal manera el texto de los capítulos XVI y XVII, donde se refieren las aventuras del Hidalgo manchego en la venta que creyó ser castillo, la visita nocturna de Maritornes, la Asturiana, y la cólera del burlado arriero, que más bien que episodio festivo de una novela de Salas Barbadillo ó Castillo Solorzano, parecen hojas arrancadas de la *Celestina* ó del célebre *Cancionero de burlas provocantes á risa*, impreso por la primera vez en Valencia (1519, 4.º). El público inglés, sin embargo, no debió gustar mucho del festivo humor y desenfado, ó lo que es lo mismo, chocarrerías y bufonadas de John Phillips, puesto que su pretendida traducción de *El Quijote*, á pesar de haber sido impresa con lujo en 1687, no logró nunca segunda edición.

Vino después de él Peter Motteux, el cual apenas hizo otra cosa que tomar de Shelton y de Phillips lo que mejor le pareció, y publicar en Londres, en 1701, la que intituló *versión de varios*; y que, en efecto, no fué más que un *rifacimento* ó compilación juiciosa, aunque poco crítica, de las anteriores traducciones. Hay ediciones de ella posteriores de 1706, 1712 y 1719.

Siguióle de cerca Charles Jervas (ó Jarvis como su nombre se halla algunas veces escrito), pintor de retratos, amigo de Pope, Swift, Gay y otros literatos de su tiempo, cuya traducción de *El Quijote*, si efectivamente fué suya, no se imprimió hasta tres años después de su muerte, en 1742. Consta de dos tomos en 4.º inglés, de bella impresión, con nueve grabados en cobre de los mejores artistas de la época y los mismos que aparecieron ya en la edición de Thonson de 1738, con la vida de Cervantes, por Mayans, traducida al inglés. Su versión pasa por bastante correcta, y hay de ella varias reimpressiones en 4.º, 8.º y 12.º, siendo, si no la última, la mejor y más estimada, por la circunstancia de haber salido al público bajo el nombre del célebre literato inglés Smollet, de fines del siglo pasado, por una de esas tréatas á que tan acostumbrados estaban y están los editores-libreros de la culta Europa.

De los demás traductores (más bien podríamos llamarlos sastres remendones, con más ó menos habilidad, de la versión de Shelton) no haremos más que mencionar simplemente sus nombres, á saber: George Kelly, en 1769; Charles Wilmot, quien en 1774 publicó un compendio, á la manera del francés Florian; Miss Smirke, quien, por acomodar las láminas grabadas por su hermano (otros le llaman padre), publicó su denominada «traducción», que no es más que un mo-

(1) Ya aquí su nombre está escrito *Blount* en lugar de *Blounte* con la e al final, como en la primera parte.

(2) William Stanley, á costa de Edward Blount y William Garret. London, 1612. En el *Pall-Mall Budget* de Noviembre último está descrita la edición, advirtiéndose que la segunda parte de 1620 se imprimió sólo á costa del primero de aquéllos, omitiéndose en ella el nombre de Garret, prueba más que suficiente de que ninguna relación hay entre la primera y segunda partes, consideradas hasta ahora como ediciones príncipes de *El Quijote* de Shelton.

(3) *Quixotte* y *Quichote* en francés, *Quixot* en inglés, expresan la recta y verdadera pronunciación de la *x* en el nombre del hidalgo manchego, ora se derive ésta de *quixada* ó *quesada*, que son también nombres propios. La sustitución en este y otros casos análogos de la *x* por la gutural *j*, es á nuestro modo de ver un error grave, por cuanto tiende á destruir el étimo ó origen de las palabras.

saico formado de piezas y retazos de las versiones anteriores.

Esta breve reseña bastará para dar á nuestros lectores alguna idea de lo que los ingleses han trabajado para verter á su lengua el *Ingenioso Hidalgo* de Miguel de Cervantes Saavedra, desde su aparición en la escena literaria, hasta fines del siglo décimooctavo, pasando ya de cincuenta las ediciones que se han hecho durante dicho período. Réstanos ahora decir algo de sus comentadores. En 1738 salió á luz la espléndida edición, costeada por Lord Carteret, en cuatro tomos de 4.^o mayor, la cual, á nuestro entender, es la primera tentativa á explicar y comentar el texto de *El Quijote*, puesto que además de las notas, contiene la vida de Cervantes (también primer ensayo en su género), escrita por D. Gregorio Mayans y Siscar, así como su retrato, dibujado por Kent y grabado por Vanderbank. Vino en seguida John Bowle, rector de Idmestone, cerca de Salisbury, el cual, en 1781, y á raíz de la magnífica edición de nuestra Real Academia Española del año anterior, dió á luz el texto depurado y correcto de *El Quijote*, acompañado de eruditas notas y observaciones críticas, así como índices muy copiosos de los nombres propios y de lugares citados en el texto, glosarios y concordancias de que, sea dicho de paso, se han aprovechado sin citarles muchos de los que, así en Inglaterra como en España, han seguido después sus huellas. Pero, siendo este asunto que requiere mayor espacio y tiempo del que por ahora podemos consagrarle, interrumpiremos nuestra tarea, prometiendo volvernos á ocupar de ella al dar cuenta de las tres traducciones nuevas, publicadas en Londres en los últimos diez años, á saber: la de A. J. Duffield, la de John Ormsby y la última de Henry Edwards Watts, cuya impresión no está aún terminada.

PASCUAL DE GAYANGOS.

INTER NOS

Á MI AMIGA ÁNGELES DE LA PAZ

I

Como habrá que luchar, sin más remedio,
y al final la victoria es el olvido,
quiero poner la voluntad por medio,
pues temo en nuestra lucha ser vencido.

Tienes como tus armas infalibles,
la cara aovada de color de nieve,
las miradas de amor indefinibles,
el pelo ondoso y el acento breve;
y te ayuda además, como el escudo
que al enemigo sin cesar provoca,
el contraste que forma el rostro mudo
con la eterna sonrisa de tu boca.

A ti, de tantas fuerzas defendida,
sólo opondré la que mi amor merece;
la voluntad, que si le digo—«¡Olvida!»,
¡sabe olvidar! ¡y olvida! ¡y me obedece!

II

Hecha ya de mí ser una muralla
cuya llave guardó mi defensora,
comienza cuando quieras la batalla,
que hoy aquélla no es débil ni traidora.

¿Te aprestas á reñir? ¡Venga tu gente!
Teniendo yo la voluntad por medio,
no me arredra el asedio más valiente,
aunque terca me estreches el asedio.

¡Lo ves! Perdida ya al primer embate;
sufrió el muro al reñir, y te rechazo.....
¡Tiene mi defensora, en el combate,
de roca el pecho, y como el pecho el brazo!

Déjame en paz y vuelve á tu morada.....
que tiene tal guardián, como Dios sabe,
la llave de este muro bien guardada
¡y es imposible conquistar la llave!....

¿Vienes de nuevo? ¡Volverás vencida!
¡Tú ya desmayas, y mi fuerza crece!....
Mi voluntad cuando le digo—«¡Olvida!»,
¡sabe olvidar! ¡y olvida! ¡y me obedece!

III

¡Vuelve otra vez á interrumpir mi calma!
¡Viene cantando con alegre acento!
¿Por qué dentro de mí se agita el alma
con un vago é indecible sentimiento?

Canta victoria mi rival, ¡no hay duda!
Viene hacia mí á rendirme, ¡y no se esconde!
¡Voluntad! ¡Voluntad! ¡Ven en mi ayuda!
¡Voluntad! ¡Voluntad! ¡No me responde!

Le entregué mi defensa en mala hora.....
Me dió por mi confianza su castigo...
¡Voluntad! ¡Voluntad! ¡Siempre traidora!
¡Me vendiste la llave al enemigo!

EDUARDO VILLEGAS.

HIGIENE

EL ALMUERZO, LA COMIDA Y LA CENA

UNQUE durante el sueño el cambio se hace más lentamente, las ocho ó diez horas que transcurren ordinariamente entre la cena y el almuerzo, bastan para producir los síntomas del empobrecimiento de la sangre, que se expresan con la frase usual de «estar en ayunas». Y la ligera comida que hace terminar tal situación, se llama desayuno en muchas partes. Los ingleses lo llaman romper el ayuno.

Al almuerzo suceden la agitación y el trabajo del día. Por esto el pan seco ó con manteca es un alimento muy conveniente por la mañana, porque nuestros órganos la digieren fácilmente y con bastante lentitud, sin embargo, para que la sangre y el cerebro no se hallen sobrecargados de principios alimenticios. El te y el café preparan de un modo conveniente la atención y los esfuerzos del raciocinio que el trabajo en todas las profesiones exige en un grado más ó menos elevado. Y si recordamos que el te favorece más exclusivamente el encadenamiento y el desarrollo de la inteligencia, mientras el café excita en mayor grado la fuerza de la imaginación, se comprenderá sin trabajo por qué en algunas comarcas, en Holanda, por ejemplo, aquellos cuya profesión exige sobre todo el trabajo de la inteligencia, almuerzan con te, mientras que aquellos cuya profesión, exigiendo á la vez el uso de las manos y el de los sentidos, necesitan discernimiento é imaginación, almuerzan con café.

La sopa, la carne y las legumbres, constituyen ordinariamente la comida de un alemán de la clase media. Ya expliqué en el segundo libro cómo exige el uso diario de la sopa y la carne la costumbre alemana de preparar la sopa con la carne misma que después se come como cocido. En el mismo libro he señalado, como muy razonable, el uso de unir á la carne las legumbres y las raíces. La carne da lo que falta á las legumbres, y las legumbres extienden lo que contiene en demasiada abundancia la carne.

Sólo, pues, por una deplorable costumbre, ó por una necesidad más deplorable aún, muchas familias pobres comen casi exclusivamente patatas en la comida. Si es imposible de todo punto comer carne y legumbres, la comida debería, siempre que fuera posible, componerse de verduras, judías y lentejas. De donde se sigue que se podría solazar eficazmente la miseria del pobre si se utilizasen para el cultivo de las leguminosas muchas tierras en que la patata abunda, y en las cuales una enfermedad funesta destruye con harta frecuencia la cosecha de dicho tubérculo.

Por en las casas en que se come carne siquiera algunos días de la semana, sería preciso agregar á ella patatas ó legumbres, y los demás días servir una buena sopa de verduras, judías y lentejas. Esta juiciosa distribución debería servir de regla general.

Por muy feliz que pueda ser la elección de las cocineras alemanas en materia de alimentos, la verdad es que suelen ser con frecuencia muy poco hábiles para componer una comida, aun en las casas mejor acomodadas. ¿Cuántas veces no sucede que una sopa sin sustancia no va seguida sino de pescados y patatas, ó ya se sirve la sopa y platos de masa sin adición de carne, ó se come una sopa hecha con leguminosas y en seguida las judías y los platos de harina?

Nunca, á ser posible, debería faltar la carne en ninguna comida, y si se come pescado, más difícil de digerir y menos nutritivo, sería necesario remplazar lo que le falta de principios alimenticios con una sopa sustanciosa, á la vez más digestible y fortificante, ó al menos con una buena sopa de guisantes ó de lentejas. Mas si las judías y los platos de harina, ó bien una sopa de leguminosas constituyen toda la comida, la dificultad de digerirlas fatiga el estómago, su riqueza en principios alimenticios recarga la sangre, calienta la cabeza y hace que el hombre sea menos apto para el trabajo.

Por todas estas razones, la sopa de legumbres y en seguida el pescado con patatas, ó el pescado con manjares de harina, ó la carne con leguminosas y patatas, ó el asado con la ensalada forman las combinaciones de que se debe componer una buena comida. En una palabra, los cuerpos albuminosos más fáciles de digerir deben dominar siempre, y si las sustancias de más difícil digestión forman una parte importante de la comida, si se comen legumbres, judías ó manjares de harina, es preciso, á lo menos, que una sopa de le-

gumbres verdes ó las frutas faciliten la digestión por medio de sus ácidos y sus sales.

Mas la elección y la exacta combinación de los principios alimenticios no son las únicas cosas que tenemos que considerar. Todo lo que produce en nuestro cuerpo una nueva actividad es causa de excitación, y por esto las especias no deben ser consideradas como los solos medios de excitación, sino en general los manjares y las bebidas. Ahora bien; es propio de la excitación el detener sus efectos si se repite su empleo tras un descanso demasiado corto; y cuanto más pequeña es la excitación, más fácilmente se debilitan sus efectos cuando su regreso regular hace menos sensibles sus propiedades.

La facultad de excitación así disminuida por la repetición de los mismos medios, produce el hábito. Mientras que respecto á muchos alimentos y bebidas, respecto al pan, la carne, las patatas, el agua y la leche, la excitación disminuye y da lugar al hábito; mientras que el hábito llega hasta hacer desaparecer la excitación más fuerte que producen el te, el café, la cerveza y el vino, el efecto de los demás alimentos se debilita, y esta debilitación llega hasta la repugnancia. Puesto que la sopa y la carne llegan á repugnarnos, si las comemos todos los días y en la misma forma, es casi imposible comer todos los días las mismas legumbres, los mismos manjares de harina, las mismas leguminosas; y si durante dos ó tres días consecutivos la cocinera sirve zanahorias, ó aun la favorita berza ácida, produce general descontento.

No es esto consecuencia del capricho del gusto; pero el gusto mismo es una regla muy segura y muy fundada acerca de los estimulantes que extraen de la sangre el cerebro y los nervios. Sabemos perfectamente que un uso demasiado abundante de carne produce en la sangre más fibrina, que el exceso de los principios alimenticios adipógenos le proporciona mayor cantidad de azúcar, y que los aceites volátiles de ciertas frutas y especias, los ácidos orgánicos y las mezclas de las diferentes sales de las legumbres, pasan al jugo productor de los tejidos. Si las uniformes manifestaciones de fuerza de los animales corresponden á su uniforme nutrición; si la ausencia de sensibilidad en las plantas corresponde á la sencillez de sus principios alimenticios poco numerosos, no nos vemos obligados por este estrecho encadenamiento de causas y efectos á ver en gran parte en la vida agitada del hombre, en sus pasiones, en sus actos, en los innumerables matices de sus sentimientos y de sus ideas, la consecuencia de la diversidad de su alimentación, de sus condimentos y de sus bebidas. Lo que proporciona al hombre su carácter individual no puede proceder sino del conjunto de las variedades de sus alimentos, unidas á las innumerables influencias morales y físicas que sobre nosotros ejerce el mundo exterior.

Y como la uniformidad de la excitación, aun repetida con más largos intervalos, disminuye su efecto estimulante, una comida compuesta de los mismos alimentos y servida en determinados días de la semana, no es costumbre laudable. Si un hombre rígido no hace sino mostrar al descubrir los hábitos mezquinos de un espíritu estrecho, del mismo modo esta repetición regular es origen de una especie de enfermedad moral que comprime poco á poco, pero por lo mismo más peligrosamente, todo libre vuelo del espíritu. Cualquiera que á sí propio se observe atentamente, ha podido notar más de una vez que el efecto saludable del paseo desaparece enteramente si se ejecuta este ejercicio durante largo tiempo todos los días á la misma hora. Lo mismo ocurre con los alimentos. Y si ya los antiguos médicos asentaban la proposición: que es bueno introducir cierto desorden en nuestra naturaleza, se puede añadir que una inflexible regularidad en la vida no se acuerda con ninguna clase de elevación de espíritu.

Repítese con frecuencia (y el célebre Lichtenberg, cuyos nervios estaban á la verdad enfermos, lo sostenía igualmente) que el beber durante las comidas es una costumbre perniciososa. Este es un error grosero, porque el jugo gástrico puede hallarse diluido en bastante grande cantidad de agua sin perder por esto su virtud disolvente. Verdad es que una inundación de agua podría disminuir y aun destruir la acción particular de las sustancias contenidas en los líquidos digestivos. Demasiada agua sería, pues, muy dañosa después de los alimentos de digestión difícil, como las grasas, y no deja de fundarse en razón al temor de beber demasiada agua después de una comida compuesta de carne gorda de cerdo. Mas en los países en que la sopa no constituye una parte integrante de la comida, el uso del agua es hasta indispensable.

De la misma suerte, la cerveza y el vino no son dañosos durante la comida si no se toman con exceso. En este caso, el alcohol produce la coagulación de los cuerpos albuminosos contenidos en los alimentos y aun en los líquidos digestivos y perturba la digestión. Mas si se beben con moderación, la cerveza y el vino prolongan el efecto nutritivo de la comida. Si después de una comida en la cual hemos bebido vino no sentimos el hambre tan pronto como si solamente hubiéramos bebido agua, esto depende de que el alcohol,

MUSEO DE BELLAS ARTES



J. Espina y Capo lo pintó.

ORILLAS DEL RHIN

FOTOG. DE J. LAURENT Y C.ª



TÚNICA Y ESPADAS DE BOABDIL, ÚLTIMO REY DE GRANADA
Propiedad de los Marqueses de Viana

FOTOG. DE J. LAURENT Y C.^ª

apoderándose de una parte del oxígeno respirado, las partes de nuestro cuerpo se consumen más lentamente. De este modo el vino, durante la comida, es excesivamente útil si un largo viaje ó un trabajo prolongado hacen imposible comer de nuevo á la hora acostumbrada; y como este impedimento mismo acelera el cambio de las sustancias, el vino y la cerveza son tanto más útiles cuanto que combaten este efecto.

El deseo habitual de comer los manjares calientes está muy fundado en razón, porque el frío solidifica las colas y las grasas, que se digieren mucho más fácilmente en el estado líquido. Mas si los alimentos están mucho menos calientes que los líquidos del estómago y del intestino, es decir, si están á una temperatura menor de 38 grados, retiran á éstos una parte de su calor, y la mezcla fría se disuelve con menor facilidad. Hé aquí por qué el hielo y el agua, demasiado fría, son perjudiciales, sobre todo si los alimentos contienen mucha grasa y gelatina. Como, en general, los grandes cambios de la temperatura de nuestro cuerpo se soportan mal, la transición repentina de los alimentos calientes á los alimentos fríos, y viceversa, es perjudicial. El enfriamiento repentino de la boca puede también hacer saltar el esmalte de los dientes.

La diferencia de las horas en que se toma la principal comida en los diferentes pueblos y según las diversas profesiones, indica bastante que no se puede dar acerca de este punto una regla absoluta. Dicha hora es casi de todo punto indiferente respecto á las profesiones que exigen un trabajo mental; lo es completamente para aquellos que no trabajan de ningún modo, con tal que no turben completamente el orden natural de la vida para hacer de la noche día y del día noche; mas aquellos cuyo trabajo exige una serie de esfuerzos corporales, pierden bastantes sustancias durante las seis primeras horas del día, para justificar la costumbre adoptada, casi en todas partes, de tomar hacia el medio día, ó poco después, la mayor parte de los medios de reparación.

La costumbre alemana de comer por la tarde, dos ó tres horas y á veces más, antes de acostarse, es muy útil, porque entonces la digestión se halla en gran parte terminada antes de meterse en la cama. En efecto, la digestión turba el sueño y el sueño turba la digestión. Por esto la comida de la tarde debe componerse, en cuanto sea posible, de alimentos de fácil digestión, como la sopa y la ensalada, pero poca carne, pocas veces pescado y nunca leguminosas. Si se toma muy temprano el pan, aunque pesado, y mejor aun el pan con manteca y la carne, proporcionarán un alimento muy conveniente; si á él se agrega el te, los que tienen que entregarse en seguida á un trabajo mental se sentirán agradablemente excitados.

Los excesos deben evitarse, sobre todo por la noche, porque aun dejando á un lado la perturbación, que, lo mismo la digestión que el hambre, introducen en el sueño, el efecto de una sangre recargada se neutraliza difícilmente durante la noche. Al dormir aspiramos menos ácido carbónico, y en general el cambio de las sustancias se verifica más lentamente. También la repleción de los tejidos, y sobre todo del cerebro, se traduce con frecuencia en sueños penosos y opresión, y por la mañana en dolores de cabeza y una indisposición general del espíritu.

J. MOLESCHOTT.

COPLAS

I

Mató á su mujer de un tiro
y le absolvieron por loco;
tenía mucha razón...,
pero está en el manicomio.

II

Cuando te miró los ojos,
¿sabes lo que dijo el médico?
Pues que los tenías malos...
¡y que los tenías buenos!

III

Cuando ella se muera
yo haré su mortaja
con claveles y rosas tejidos
con besos y lágrimas.

IV

¡Qué triste debe de ser
suspirar y suspirar,
cuando salen los suspiros
sin saber adónde van!...

V

Flores tiran á los santos
al pasar la procesión,
y al tirarlas á la Virgen
cayeron en tu balcón.

Cayeron en tu balcón
porque el viento las llevaba:
¡y qué intención tiene el viento
para escribir epigramas!

VI

¿Quieres saber á qué sabe
el beso de una andaluza?
Pues oye: á un grano de sal
dentro de un terrón de azúcar.

VII

¡Qué hermosa estaba de muerta,
qué bello su blanco rostro,
y qué grabada mi imagen
en el cristal de sus ojos!

¡Qué hermosa estaba de muerta,
qué bello su rostro pálido,
y qué seguro mi nombre
en la cárcel de sus labios!

VIII

¿Que estás harto de la vida?
Ayer te heriste en un dedo,
y al ver la sangre en la herida
casi te mueres de miedo.

IX

Hablas mal de las mujeres
y su pureza combates.
¡Hombre, cómo se conoce
que fué la *Inclusa* tu madre!

X

Dices que en tus poesías
se refleja lo que sientes...
¡Triste es decirte..., pero
malos sentimientos tienes!

JOSÉ BORRÁS Y BAYONÉS.

NUESTRAS ILUSTRACIONES

Últimos momentos de Lope de Vega.—El distinguido artista Sr. Recio y Gil, inspirándose en las glorias de la literatura patria, ha compuesto un cuadro lleno de realidad y senti-

miento, representando los últimos instantes del «Fénix de los ingenios», del gran Lope de Vega, que fué el creador del teatro nacional, hoy tan mal parado por imitadores y traductores del decadente teatro francés.

Alegoría de la isla de Puerto Rico.—El 25 de Septiembre del año 1493 hizo Cristóbal Colón su segundo viaje á América; el 16 de Noviembre del mismo año llegó por vez primera á las costas borinqueñas, y el 19 del mismo mes fondó en la ensenada de Mayagüez.

En conmemoración de estos faustos sucesos publicamos la Alegoría que de la isla de Puerto Rico pintó el excelente artista Sr. Sans para el palacio que poseen en esta Corte los señores duques de Santofía.

Mucho sentimos no tener á la vista, para completar estos datos históricos, la notabilísima obra *Los indios borinqueños*, escrita por el sabio y erudito Dr. Sthal, ilustre portorriqueño, que tanto ha enriquecido la historia patria, y es uno de los más grandes escritores y profundos investigadores de la América latina.

Orillas del Rhin.—El notable paisajista Sr. Espina y Capo ha reproducido en este cuadro una de las bellas y hondas impresiones que dejan en el alma las excursiones artísticas por sitios tan pintorescos y llenos de melancólica dulzura como el Rhin septentrional.

El pintor ha sido á la vez poeta y ha expresado en ese extraño conjunto la más sentida balada que hubieran podido imaginar en los países del Norte.

Túnica y espada de Boabdil.—En la actual Exposición histórica se hallan estos notables objetos que, además de su mérito arqueológico, tienen gran mérito artístico y un valor intrínseco que se eleva á algunos millones.

Nuestro querido amigo é ilustrado colaborador D. Manuel P. Villamil, que nos ha honrado con sus eruditos trabajos sobre la Exposición histórico-europea, se ocupará con más espacio de estas prendas que pertenecieron al último rey moro de Granada.

ADVERTENCIAS

Con este número tenemos el gusto de repartir á nuestros abonados como regalo una preciosa lámina.

IMPORTANTE

Suplicamos encarecidamente á aquellos de nuestros suscriptores que sufran algún entorpecimiento en el reparto de esta Revista que reclamen y se entiendan directamente con la Administración de ESPAÑA Y AMÉRICA (plaza del Biombo, 2, Madrid), pues á varios corresponsales hemos tenido que suspender la remesa de ejemplares que tenían pedidos por falta de cumplimiento en los pagos.

Ponemos en conocimiento de los señores corresponsales que habiendo terminado la reimpresión de los números agotados de esta REVISTA, pueden hacer los pedidos de colecciones que gusten y serán servidos á vuelta de correo.

Los originales que se reciban para la ESPAÑA Y AMÉRICA no se devolverán.

De los libros que se nos remitan nos ocuparemos en la sección correspondiente.

(Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.)

IMPRESA DE LA VIUDA DE M. MINUESA DE LOS RÍOS
Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.

Acreditados específicos del Doctor Morales

PASTILLAS Y PILDORAS AZOADAS

Para la Tos y toda enfermedad del pecho: Tisis, Catarros, Bronquitis, Asma, etc.—A media y una peseta la caja.

CAFE NERVINO MEDICINAL

Maravilloso para los dolores de cabeza, jaqueca, vahidos, epilepsia y demás nerviosos, á 3 y 5 pesetas caja.

PÍLDORAS LOURDES

Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, seguro y sin irritar, aunque se usen mucho tiempo.—A una peseta caja.

TONICO-GENITALES

Célebres píldoras del Dr. Morales para la cura segura y exenta de todo peligro de la impotencia, debilidad, espermatorrea y esterilidad.—Caja, 7,50 pesetas.

Van por correo estos específicos.—**Doctor MORALES, Carretas, 39, Madrid.**

De venta en las principales farmacias y droguerías de España, Ultramar y América del Sur.

EL VERDADERO ZARAGOZANO



D. MARIANO CASTILLO Y OCSIERO

FABRICACION DE ALMANAQUES DE TODAS FORMAS

De **El Firmamento**, calendario zaragozano por *D. Mariano Castillo y Ocsiero*, hacemos cuantas ediciones reclama en el día la necesidad pública, por lo que tanto el comercio como el particular encontrarán en esta casa atendidos sus deseos.

Las ediciones á que nos referimos son las siguientes:

En forma de libro, las conocidas de primera, segunda y cartera, de las que vendemos **un millón y doscientos setenta mil ejemplares.**

De los que se titulan **Americanos ó de pared**, es tan grande la variedad de ediciones y tantos los preciosos cromos en que se fijan, que resulta tarea poco menos que imposible enumerarlo todo. Se hace absolutamente necesario el muestrario á la vista para hacerse cargo de tanta preciosidad.

De lo que resulta que, tanto el comercio como el público, pueden hallarse perfectamente servidos tomando de esta casa sus almanaques, por ser en originales del celebrado *D. Mariano Castillo y Ocsiero* y estar en los cromos á la altura de los más elegantes que se publican en Europa.—Administración: Plaza del Biombo, 2.

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL

Grandiosa obra, única en que se reúne en fotografía inalterable, por *J. Laurent*, cuanto notable en pinturas modernas y antiguas tiene España, como también nuestros hermosos monumentos, la escultura, orfebrería, más las excelentes colecciones de tapices que posee la Real Casa, juntamente con los preciosos y numerosos modelos existentes en la Real Armería de Madrid.

Esta magnífica obra se compone de cuatro series, cuyos títulos son:

1.º El Arte moderno español. — 2.º Museos de España. — 3.º Monumentos arquitectónicos y la Escultura. — 4.º Tapicería de la Real Casa y Real Armería de Madrid.

Esta obra se puede adquirir completa ó por series sueltas, encuadrada en elegantes tapas: cada serie forma dos tomos, uno de láminas y otro de texto. Precio de la obra completa y encuadrada, 150 pesetas; por series sueltas, á 38 pesetas.

El texto de esta obra está redactado por la brillante pluma del Excmo. Sr. *D. Pedro de Madrazo*, eximio literato y eminente crítico de artes.

Se halla de venta en la Administración, Plaza del Biombo, 2, Madrid, y en las librerías.

ELEMENTOS DE TERAPÉUTICA Y FARMACOLOGÍA

POR EL
DOCTOR RABUTEAU
VERSIÓN ESPAÑOLA DE LOS DRES. *D. JOSÉ SÁENZ Y CRIADO*
Y *D. TOMÁS JÁUREGUI Y ECHAVE*

Segunda y última edición.

Según la opinión de los hombres de ciencia y de la prensa facultativa de Europa, la TERAPÉUTICA del doctor Rabuteau es el libro más completo de esta importante rama de la medicina, tanto por el método y la exposición sistemática que ha dado á dicha ciencia, como por los numerosos hechos y descubrimientos personales que ha aportado á ella.

La adquisición de esta obra para los estudiantes de medicina y para los mismos médicos se recomienda por su utilidad para el estudio de esta asignatura y para la práctica de la clínica.

Consta de dos tomos en 4.º, que se venden á 16 pesetas en Madrid y 17 en provincias. Los pedidos á la casa editorial de la Viuda de Rodríguez, plaza del Biombo, 2, Madrid.

HISTORIA de la HUMANIDAD

ESTUDIOS DE *F. LAURENT*

Profesor en la Universidad de Gante,

TRADUCIDOS POR *DON NICOLÁS SALMERÓN Y ALONSO*
DON ÁNGEL FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS
Y *DON TOMÁS RODRÍGUEZ PINILLA*

Edición ilustrada con láminas que reproducen los cartones de *Pablo Chenavard* y cuadros escogidos en todas las escuelas de pintura de Europa.

Condiciones de suscripción.—Esta obra constará de cinco tomos de regulares dimensiones, pudiendo asegurar á nuestros suscriptores que el precio de cada uno será de doce á catorce pesetas.

Empezaremos á publicar semanalmente, y sin interrupción, un cuaderno, al precio de **50 céntimos de peseta.**

ANATOMÍA DESCRIPTIVA Y DISECCION DEL DOCTOR *J. A. FORT*

Director de la *Revista Quirúrgica*
y Profesor libre de Anatomía y de operaciones quirúrgicas en la Escuela práctica de la Facultad de Medicina de París.

Acaba de ponerse á la venta la tercera y última edición española, corregida y aumentada por su autor, de esta notable obra, que tanta reputación ha alcanzado en todas las Universidades y centros docentes de Europa.

Además del tratado de *Anatomía descriptiva y disección*, contiene un resumen de *Embriología y de generación* y otro acerca de la *Estructura microscópica de los tejidos y de los órganos.*

La traducción que ofrecemos á los hombres estudiosos de España y de América está hecha bajo la inspección directa del autor por el *Dr. Armas y Céspedes*; forma dos gruesos y elegantes volúmenes de más de 800 páginas cada uno, ilustrados con 507 grabados, por lo menos, intercalados en el texto. Precio de la obra: 16 pesetas en Madrid y 17 en provincias.

Los pedidos á la casa editorial de la *Viuda de Rodríguez*, Plaza del Biombo, 2, Madrid.

La Casa editorial de la Viuda de Rodríguez ha empezado á publicar la preciosa novela titulada

En publicación. **PÁGINAS DE SANGRE, HISTORIA DEL SALADERO**
POR *F. MORALES SÁNCHEZ*
ilustrada con magníficas láminas tomadas del natural y precedida de un notable episodio crítico-criminal por *Victor Hugo*, titulado *El último día de un reo de muerte*, traducido por uno de nuestros más aventajados jurisconsultos. Se publica por cuadernos de 32 páginas, al precio de 25 céntimos cada uno. Se admiten suscripciones en las principales librerías y centros de suscripción.

ESPAÑA Y AMÉRICA

LA MÁS ARTÍSTICA Y MÁS BARATA DE LAS REVISTAS ILUSTRADAS DE ESPAÑA

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

El periódico, acompañado con uno de los tres lotes que á continuación insertamos,

2 REALES POR CADA REPARTO

Lote 1.º—Año Cristiano, por el Padre *Juan Croisset*.—Jesucristo, por *Mr. Louis Veuillot*.—Diccionario de la lengua castellana, por *D. E. Marty Caballero*.—Aventuras de *Gil Blas de Santillana*, por *Mr. Lesage*.

Lote 2.º—Historia del movimiento republicano en Europa, por *D. Emilio Castelar*.—Tratado completo de Agricultura moderna, por *D. Gumersindo Vicuña y otros distinguidos colaboradores*.—Tratado completo de Contabilidad, por *D. Francisco Tejedor y González*.—En alas de la fortuna, por *D. Julián Castellanos y Velasco*.

Lote 3.º—Luchar contra el destino, por *D. Julián Castellanos y Velasco*.—La misa negra ó el tesoro del fantasma, por *D. Julián Castellanos y Velasco*.—Candelas y los bandidos de Madrid, por *D. Antonio García del Canto*.—Los mares de arena y las ciudades subterráneas, por *D. Ramón Ortega y Frias*.

El reparto de las obras se hará por cuadernos unidos al periódico y turnarán siempre las cuatro obras de cualquiera de los tres lotes.

El lector que desee más detalles puede pedirlos á los agentes ó corresponsales, ó bien á la Administración de esta casa.

Centros de suscripción: En las principales librerías de Madrid; en el despacho central de fotografías de *J. Laurent y Compañía*, Carrera de San Jerónimo, 31, y en la peluquería de *Antiguos oficiales de Prats*, Puerta del Sol, 13.

Número suelto, 50 céntimos de peseta en España y 75 en el extranjero.
Cuba y Puerto Rico: Un año, 6 pesos oro.—Administración, Plaza del Biombo, 2, Madrid.